

## Población

# Cuando Europa envejece

**T**OMEMOS el caso de Suecia. Con una población de 8.200.000, ese país escandinavo registró, en 1976, un total de 98.000 nacimientos (1), un 4 por 100 menos que en 1975, año en que también hubo una caída respecto del anterior, y así sucesivamente.

De modo inverso, el número de ciudadanos con más de sesenta y cinco años ha ido en aumento en Suecia, desde comienzos de siglo. Hoy representa un 15 por 100, aproximadamente, de la población, y de confirmarse la actual tendencia, pronto llegará al 20 por 100. Crecimiento que será todavía más acusado dentro del grupo de los que han superado los setenta y cinco años.

En una sociedad volcada hacia la productividad y la extracción de plusvalía de la fuerza de trabajo, este doble fenómeno no puede por menos de resultar preocupante. Los suecos han restringido, además, severamente, de un tiempo a esta parte, la entrada de trabajadores extranjeros, que se limita ahora casi exclusivamente a los que proceden de otros países del área escandinava con menor nivel de renta: en especial, Finlandia.

Es cierto que, como compensación, la mujer participa ahora mucho más que antes en las actividades laborales. Pero en este hecho, muchos políticos conservadores ven una de las causas determinantes de la caída de la fertilidad.

A menos habitantes, menos consumidores: algunos pronostican ya una desactivación grave de la economía, con un descenso equivalente de la capacidad de empleo. Otros, más optimistas, piensan que el ritmo productivo se mantendrá pese a todo, y que la disminución de la mano de obra puede compensarse por una saludable reducción de la jornada de trabajo. Hay quienes opinan que habrá que recurrir nuevamente a la importación de mano de obra, tal vez del superpoblado Tercer Mundo.

Los más egoístas se lamentan del coste social de esa población laboralmente inactiva, compuesta de personas que han superado ya la edad de jubilación, barrera que además se tiende a adelantar. Dentro de unos años, unos pocos tendrán que

Es algo que preocupa desde hace tiempo a los fabricantes de alimentos para niños. Y, por supuesto, también a los políticos. El descenso del índice de natalidad en los países industriales se está convirtiendo en un tema obsesivo.

**JOAQUIN RABAGO**



A menos habitantes, menos consumidores.

mantener a un país de viejos y parásitos.

### Un informe alarmista

Por supuesto que el caso sueco no es sino uno entre muchos. Este tipo de preocupaciones es común a otros países industrialmente desarrollados. Así también en Gran Bretaña la tasa de natalidad descendió desde un 20,7 por 1.000 en 1947 (el "boom" típico de la posguerra, que conocieron también otros países) a sólo un 13,3 por 1.000 en 1974. O, para comparar cifras más próximas, mientras que en 1972 nacieron vivos en todo el Reino Unido 834.000 niños, en 1977 sólo lo hicieron 658.000. La tendencia inversa se observa también en ese país entre los mayores de sesenta y cinco años, cuyo número aumentó en un 7,5 por 100 de

1970 a 1976. El incremento llegó al 20 por 100 en el caso de los mayores de ochenta y cinco años.

En Francia, con una población de 53 millones, en 1976 nacieron vivos 720.000 niños, frente a 860.000 en 1966. Y, por igual, los ciudadanos de más de sesenta y cinco años, que representaban el 11,1 por ciento en 1946, eran ya el 13,4 por 100 en 1976.

Mientras tanto, en la República Federal Alemana acaba de publicarse, por encargo del Ministerio del Interior, un pronóstico demográfico alarmante, si no "alarmista", como lo han calificado algunos órganos de prensa. Según ese informe, para el cambio de siglo, la población de la Alemania Occidental habrá descendido de 57,7 millones, cifra actual, a 52,2 o incluso a 49,2 millones. Para el año 2030, apenas llegará a los 40 millones. Una cuarta parte de los ciudadanos tendrá más de

sesenta y cinco años, mientras que sólo un octavo no habrán cumplido los catorce.

Según denunciaba "Der Spiegel", en el citado pronóstico no se incluye a los cuatro millones de "gastarbeiter" —trabajadores extranjeros— que aún quedan en la RFA. Tal vez se cuenta con que de aquí a unos años, todos ellos habrán vuelto, voluntariamente o no, a sus países de origen. De esa forma, el índice de fertilidad de esas familias emigrantes, bastante superior a la media alemana por razones culturales sobre todo, no podrá corregir la tendencia dominante.

Sobre las consecuencias que tan agudo descenso de la natalidad pueda tener para el país —o mejor, para su economía—, las opiniones varían. Pues si, para algunos, el efecto inmediato podría ser un descenso en vertical del consumo, para otros, la menor presión demográfica puede contribuir a la mejora de la calidad de la vida.

Con todo, los políticos más conservadores están preocupados. La oposición cristiano-demócrata de la RFA hará del tema, según anunciaba el citado semanario hamburgués, uno de sus principales caballos de batalla cara a las elecciones de 1980.

La CDU de Kohl y la CSU bávara de Strauss, que está a la derecha de la primera, tratarán de mover una campaña propagandística a favor de la familia tradicional y de la natalidad. Y en contra, naturalmente, de todos los "factores disolventes", entre los que ocupa, según ellos, un primer lugar la política "divorcista" y "abortista" de la coalición en el poder. Los cristiano-demócratas prometerán a los votantes primas de natalidad hasta 3.000 marcos (más de 110.000 pesetas por cada hijo).

Menos demagogos y más realistas, los socialdemócratas y liberales no piensan que la solución al problema sea precisamente una vuelta a la política familiar de los años treinta, sino que pasa por la creación de condiciones ambientales y económicas más favorables para el desarrollo familiar: desde el aumento del número de guarderías o la instalación de cuartos infantiles más amplios, hasta la lucha contra la discriminación que todavía pesa sobre la mujer y que repercute indirecta y negativamente sobre los hijos. ■

(1) Todas las cifras se refieren a nacidos vivos.